

La creación, la vida y la belleza,

deshechas por la muerte y la maldad,

recobradas por la sorprendente victoria de Dios,

SEGÚN SE
NARRA EN

LOS LIBROS DEL NUEVO TESTAMENTO

NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL®



Por vidas transformadas con la Palabra de Dios

Llámenos hoy o visítenos en línea para recibir un catálogo gratis donde aparecen cientos de productos para el ministerio basados en las Escrituras.

Internet: Biblica.com

Email: BiblicaDirectService@Biblica.com

Teléfono: 800-524-1588

**Correo: 1820 Jet Stream Drive
Colorado Springs, CO
80921-3696**

Nuevo Testamento © 2011 por Biblica, Inc.TM Los libros de la BibliaTM
Todos los derechos reservados en todo el mundo.

LA SANTA BIBLIA, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL[®] NVI[®]
©1999 por la Biblica, Inc.TM

Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Notas de El drama de la Biblia © 2011 por Biblica, Inc.TM

Todos los derechos reservados en todo el mundo. Ninguna parte de las Notas de El drama de la Biblia podrá reproducirse sin previo permiso por escrito de Biblica, Inc.TM

Pueden citarse o reimprimirse del texto de la Nueva Versión Internacional[®] (NVI[®]) hasta quinientos (500) versículos sin permiso escrito de los editores siempre que los versículos citados no sean un libro completo de la Biblia ni tampoco el veinticinco (25) por ciento de la obra en la que se citan.

La mención de la propiedad literaria debe aparecer en la página del título, o en la página que identifica los derechos de autor del libro, de la manera que sigue:

Texto bíblico tomado de LA SANTA BIBLIA, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL[®] NVI[®] ©1999 por la la Biblica, Inc.TM. Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Cuando se emplean citas de la NVI[®] en medios informativos no lucrativos, tales como boletines de iglesias, programas de reuniones, carteles, transparencias y otros por el estilo, pueden usarse las iniciales (NVI[®]) al final de cada cita.

El permiso para citar o reimprimir textos que excedan de quinientos (500) versículos, o cualquier otro permiso, debe ser solicitado por escrito a la la Biblica, Inc.TM, 1820 Jet Stream Drive, Colorado Springs, CO 80921-3696 para su aprobación.



Bíblica provee la Palabra de Dios a la gente por medio de la traducción, la publicación y la interacción bíblica en África, Asia Pacífico Oriental, Europa, América Latina, el Oriente Medio, América del Norte y Asia del Sur. Gracias a su alcance mundial, Bíblica facilita la interacción de las personas con la Palabra de Dios a fin de que sus vidas sean transformadas mediante una relación individual con Jesucristo.

INVITACIÓN A LUCAS-HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Lucas y Hechos son dos volúmenes, parte de una sola obra. Se inicia con la vida y ministerio de Jesús el Mesías y traza la historia de sus seguidores hasta la misma época del autor, poco más o menos hasta después de la mitad del siglo I d. de C.

Lucas escribió esta historia con varios propósitos importantes. El primero fue el de asegurarles a los seguidores de Jesús que lo que se les había enseñado acerca de él, era digno de confianza. Es posible que Teófilo, la persona que patrocinó y ayudó a que esta obra circulara, fuera un oficial romano porque Lucas se dirige a él en la dedicatoria como *excelentísimo Teófilo*, un título generalmente reservado para estos oficiales. Lucas se refiere a él como a alguien que ha sido instruido en la fe cristiana y le dice que quiere escribirse para que *llegues a tener plena seguridad de lo que te enseñaron*. Sin lugar a dudas, Lucas desea lo mismo para las muchas personas con las que Teófilo compartirá esta obra.

Lucas-Hechos también demuestra que el verdadero Dios es fiel, y en él puede confiarse plenamente. Lo hace documentando cómo Dios mantuvo la promesa que le hizo al pueblo de Israel al enviar a Jesús como el Mesías, o Rey, largamente esperado. Luego enseña cómo Dios invitó a los no judíos (conocidos como gentiles) a seguir también a Jesús. La historia de Lucas demuestra así que la extensión de las bendiciones de Dios a personas como Teófilo y sus amigos representa, no un cambio caprichoso de planes, sino el cumplimiento magistral de un plan que Dios ha venido siguiendo por todas las edades. En la historia de la Biblia, el pueblo de Israel ha desempeñado la función desde un principio de llevar la luz de Dios al resto del mundo. Los primeros seguidores de Jesús asumieron este llamamiento al anunciar la victoria de Jesús sobre el pecado y la muerte a todas las naciones. Este tema corre de un extremo a otro a lo largo de ambos volúmenes cuando Pablo y Bernabé se dirigen a un público judío:

Así nos lo ha mandado el Señor:

*«Te he puesto por luz para las naciones,
a fin de que lleves mi salvación hasta los
confines de la tierra».*

Lucas-Hechos, pues, cuenta la historia de cómo Dios invitó primeramente al pueblo de Israel, luego a la gente de todas las naciones a que sigan a Jesús. La forma de la historia de Lucas refleja este mensaje. En el primer volumen, el movimiento es hacia Jerusalén, el centro de la vida nacional judía. En el segundo, el movimiento se aleja de Jerusalén y se dirige a otras naciones, y cierra con la proclamación que hace Pablo del reino de Dios en Roma, la capital del imperio.

Comparado con otras historias nacionales de la época que a menudo contienen veinte o más volúmenes, la de Lucas es corta. Cada uno de los dos volúmenes cubre unos treinta años. Al igual que otros historiadores de su tiempo, Lucas ofrece un bosquejo de eventos importantes y los salpica con detalles de las fuentes que tiene a su disposición: cartas, discursos, himnos, relatos de viajes, transcripciones de juicios

y anécdotas biográficas. (Lucas tuvo acceso a estas fuentes por haber sido colaborador y compañero de viaje del apóstol Pablo.)

El primer volumen, el libro de Lucas, comienza con una sección preliminar que sirve de introducción a los temas principales de toda la obra, al contar la historia de la vida temprana de Jesús. Este libro tiene entonces tres secciones primordiales:

: La primera (páginas 11-25) describe el ministerio de Jesús en Galilea, la zona norte de la tierra de Israel;

: La segunda sección (páginas 25-42) narra un largo viaje hacia Jerusalén, durante el cual Jesús enseña y responde preguntas acerca de lo que significa seguirlo a él;

: La tercera describe (páginas 43-54) cómo Jesús entregó su vida en Jerusalén y luego resucitó para ser el Soberano y el Salvador del mundo.

El segundo volumen, el libro de los Hechos, se divide en seis partes. Cada una de ellas describe una fase sucesiva de la expansión de la comunidad de los seguidores de Jesús, más allá de Jerusalén. Las divisiones de estas partes están marcadas por las variaciones de la frase: *Pero la Palabra de Dios seguía extendiéndose y difundiéndose.*

: En la primera fase (páginas 55-63), la comunidad se establece en Jerusalén y se convierte en una comunidad griego-hablante, lo cual permite que su mensaje se extienda por todo el imperio;

: En la segunda fase (páginas 64-70), la comunidad se extiende al resto de la Palestina;

: En la tercera fase (páginas 70-75), los gentiles son incluidos en la comunidad junto con los judíos;

: En la cuarta parte (páginas 75-81), la comunidad expresamente envía mensajeros hacia el oeste, a la populosa provincia romana de Asia;

: En la quinta fase (páginas 81-87), estos mensajeros entran a Europa;

: En la fase final (páginas 87-102), la comunidad llega en su totalidad a la capital de Roma y a las esferas más altas de la sociedad. La invitación de Dios se extiende así a todas las naciones.

| LUCAS |

Muchos han intentado hacer un relato de las cosas que se han cumplido entre nosotros, tal y como nos las transmitieron los que desde el principio fueron testigos presenciales y servidores de la palabra. Por lo tanto, yo también, excelentísimo Teófilo, habiendo investigado todo esto con esmero desde su origen, he decidido escribírtelo ordenadamente, para que llegues a tener plena seguridad de lo que te enseñaron.

En tiempos de Herodes, rey de Judea, hubo un sacerdote llamado Zacarías, miembro del grupo de Abías. Su esposa Elisabet también era descendiente de Aarón. Ambos eran rectos e intachables delante de Dios; obedecían todos los mandamientos y preceptos del Señor. Pero no tenían hijos, porque Elisabet era estéril; y los dos eran de edad avanzada.

Un día en que Zacarías, por haber llegado el turno de su grupo, oficiaba como sacerdote delante de Dios, le tocó en suerte, según la costumbre del sacerdocio, entrar en el santuario del Señor para quemar incienso. Cuando llegó la hora de ofrecer el incienso, la multitud reunida afuera estaba orando. En esto un ángel del Señor se le apareció a Zacarías a la derecha del altar del incienso. Al verlo, Zacarías se asustó, y el temor se apoderó de él. El ángel le dijo:

—No tengas miedo, Zacarías, pues ha sido escuchada tu oración. Tu esposa Elisabet te dará un hijo, y le pondrás por nombre Juan. Tendrás gozo y alegría, y muchos se regocijarán por su nacimiento, porque él será un gran hombre delante del Señor. Jamás tomará vino ni licor, y será lleno del Espíritu Santo aun desde su nacimiento. Hará que muchos israelitas se vuelvan al Señor su Dios. Él irá primero, delante del Señor, con el espíritu y el poder de Elías, para reconciliar a los padres con los hijos y guiar a los desobedientes a la sabiduría de los justos. De este modo preparará un pueblo bien dispuesto para recibir al Señor.

—¿Cómo podré estar seguro de esto? —preguntó Zacarías al ángel—. Ya soy anciano y mi esposa también es de edad avanzada.

—Yo soy Gabriel y estoy a las órdenes de Dios —le contestó el ángel—. He sido enviado para hablar contigo y darte estas buenas noticias. Pero como no creíste en mis palabras, las cuales se cumplirán a su debido tiempo, te vas a quedar mudo. No podrás hablar hasta el día en que todo esto suceda.

Mientras tanto, el pueblo estaba esperando a Zacarías y les extrañaba que se demorara tanto en el santuario. Cuando por fin salió, no podía hablarles, así que se dieron cuenta de que allí había tenido una visión. Se podía comunicar sólo por señas, pues seguía mudo.

Cuando terminaron los días de su servicio, regresó a su casa. Poco después, su esposa Elisabet quedó encinta y se mantuvo recluida por cinco meses. «Esto —decía ella— es obra del Señor, que ahora ha mostrado su bondad al quitarme la vergüenza que yo tenía ante los demás.»

A los seis meses, Dios envió al ángel Gabriel a Nazaret, pueblo de Galilea, a visitar a una joven virgen comprometida para casarse con un hombre que se llamaba José, descendiente de David. La virgen se llamaba María. El ángel se acercó a ella y le dijo:

—¡Te saludo, tú que has recibido el favor de Dios! El Señor está contigo.

Ante estas palabras, María se perturbó, y se preguntaba qué podría significar este saludo.

—No tengas miedo, María; Dios te ha concedido su favor —le dijo el ángel—. Quedarás encinta y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Él será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de su padre David, y reinará sobre el pueblo de Jacob para siempre. Su reinado no tendrá fin.

—¿Cómo podrá suceder esto —le preguntó María al ángel—, puesto que soy virgen?

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Así que al santo niño que va a nacer lo llamarán Hijo de Dios.

También tu parienta Elisabet va a tener un hijo en su vejez; de hecho, la que decían que era estéril ya está en el sexto mes de embarazo. Porque para Dios no hay nada imposible.

—Aquí tienes a la sierva del Señor —contestó María—. Que él haga conmigo como me has dicho.

Con esto, el ángel la dejó.

A los pocos días María emprendió el viaje y se fue de prisa a un pueblo en la región montañosa de Judea. Al llegar, entró en casa de Zacarías y saludó a Elisabet. Tan pronto como Elisabet oyó el saludo de María, la criatura saltó en su vientre. Entonces Elisabet, llena del Espíritu Santo, exclamó:

—¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el hijo que darás a luz! Pero, ¿cómo es esto, que la madre de mi Señor venga a verme? Te digo que tan pronto como llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de alegría la criatura que llevo en el vientre. ¡Dichosa tú que has creído, porque lo que el Señor te ha dicho se cumplirá!

Entonces dijo María:

—Mi alma glorifica al Señor,
y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador,
porque se ha dignado fijarse en su humilde sierva.
Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho grandes cosas por mí.
¡Santo es su nombre!

De generación en generación
se extiende su misericordia a los que le temen.

Hizo proezas con su brazo;
desbarató las intrigas de los soberbios.

De sus tronos derrocó a los poderosos,
mientras que ha exaltado a los humildes.

A los hambrientos los colmó de bienes,
y a los ricos los despidió con las manos vacías.

Acudió en ayuda de su siervo Israel
y, cumpliendo su promesa a nuestros padres,
mostró su misericordia a Abraham
y a su descendencia para siempre.

María se quedó con Elisabet unos tres meses y luego regresó a su casa.

Cuando se le cumplió el tiempo, Elisabet dio a luz un hijo. Sus vecinos y parientes se enteraron de que el Señor le había mostrado gran misericordia, y compartieron su alegría.

A los ocho días llevaron a circuncidar al niño. Como querían ponerle el nombre de su padre, Zacarías, su madre se opuso.

—¡No! —dijo ella—. Tiene que llamarse Juan.

—Pero si nadie en tu familia tiene ese nombre —le dijeron.

Entonces le hicieron señas a su padre, para saber qué nombre quería ponerle al niño. Él pidió una tablilla, en la que escribió: «Su nombre es Juan.» Y todos quedaron asombrados. Al instante se le desató la lengua, recuperó el habla y comenzó a alabar a Dios. Todos los vecinos se llenaron de temor, y por toda la región montañosa de Judea se comentaba lo sucedido. Quienes lo oían se preguntaban: «¿Qué llegará a ser este niño?» Porque la mano del Señor lo protegía.

Entonces su padre Zacarías, lleno del Espíritu Santo, profetizó:

«Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha venido a redimir a su pueblo.
Nos envió un poderoso salvador
en la casa de David su siervo
(como lo prometió en el pasado por medio de sus santos profetas),
para librarnos de nuestros enemigos
y del poder de todos los que nos aborrecen;
para mostrar misericordia a nuestros padres
al acordarse de su santo pacto.
Así lo juró a Abraham nuestro padre:
nos concedió que fuéramos libres del temor,
al rescatarnos del poder de nuestros enemigos,
para que le sirviéramos con santidad y justicia,
viviendo en su presencia todos nuestros días.

Y tú, hijito mío, serás llamado profeta del Altísimo,
porque irás delante del Señor para prepararle el camino.
Darás a conocer a su pueblo la salvación
mediante el perdón de sus pecados,
gracias a la entrañable misericordia de nuestro Dios.
Así nos visitará desde el cielo el sol naciente,
para dar luz a los que viven en tinieblas,
en la más terrible oscuridad,
para guiar nuestros pasos por la senda de la paz.»

El niño crecía y se fortalecía en espíritu; y vivió en el desierto hasta el día en que se presentó públicamente al pueblo de Israel.

Por aquellos días Augusto César decretó que se levantara un censo en todo el imperio romano. (Este primer censo se efectuó cuando Cirenio gobernaba en Siria.) Así que iban todos a inscribirse, cada cual a su propio pueblo.

También José, que era descendiente del rey David, subió de Nazaret, ciudad de Galilea, a Judea. Fue a Belén, la ciudad de David, para inscribirse junto con María su esposa. Ella se encontraba encinta y, mientras estaban allí, se le cumplió el tiempo. Así que dio a luz a su hijo primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada.

En esa misma región había unos pastores que pasaban la noche en el campo, turnándose para cuidar sus rebaños. Sucedió que un ángel del Señor se les apareció. La gloria del Señor los envolvió en su luz, y se llenaron de temor. Pero el ángel les dijo: «No tengan miedo. Miren que les traigo buenas noticias que serán motivo de mucha alegría para todo el

pueblo. Hoy les ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto les servirá de señal: Encontrarán a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.»

De repente apareció una multitud de ángeles del cielo, que alababan a Dios y decían:

«Gloria a Dios en las alturas,
y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad.»

Cuando los ángeles se fueron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: «Vamos a Belén, a ver esto que ha pasado y que el Señor nos ha dado a conocer.»

Así que fueron de prisa y encontraron a María y a José, y al niño que estaba acostado en el pesebre. Cuando vieron al niño, contaron lo que les habían dicho acerca de él, y cuantos lo oyeron se asombraron de lo que los pastores decían. María, por su parte, guardaba todas estas cosas en su corazón y meditaba acerca de ellas. Los pastores regresaron glorificando y alabando a Dios por lo que habían visto y oído, pues todo sucedió tal como se les había dicho.

Cuando se cumplieron los ocho días y fueron a circuncidarlo, lo llamaron Jesús, nombre que el ángel le había puesto antes de que fuera concebido.

Así mismo, cuando se cumplió el tiempo en que, según la ley de Moisés, ellos debían purificarse, José y María llevaron al niño a Jerusalén para presentarlo al Señor. Así cumplieron con lo que en la ley del Señor está escrito: «Todo varón primogénito será consagrado al Señor». También ofrecieron un sacrificio conforme a lo que la ley del Señor dice: «un par de tórtolas o dos pichones de paloma».

Ahora bien, en Jerusalén había un hombre llamado Simeón, que era justo y devoto, y aguardaba con esperanza la redención de Israel. El Espíritu Santo estaba con él y le había revelado que no moriría sin antes ver al Cristo del Señor. Movidado por el Espíritu, fue al templo. Cuando al niño Jesús lo llevaron sus padres para cumplir con la costumbre establecida por la ley, Simeón lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios:

«Según tu palabra, Soberano Señor,
ya puedes despedir a tu siervo en paz.
Porque han visto mis ojos tu salvación,
que has preparado a la vista de todos los pueblos:
luz que ilumina a las naciones
y gloria de tu pueblo Israel.»

El padre y la madre del niño se quedaron maravillados por lo que se decía de él. Simeón les dio su bendición y le dijo a María, la madre de Jesús: «Este niño está destinado a causar la caída y el levantamiento de muchos en Israel, y a crear mucha oposición, a fin de que se manifiesten

las intenciones de muchos corazones. En cuanto a ti, una espada te atravesará el alma.»

Había también una profetisa, Ana, hija de Penuel, de la tribu de Aser. Era muy anciana; casada de joven, había vivido con su esposo siete años, y luego permaneció viuda hasta la edad de ochenta y cuatro. Nunca salía del templo, sino que día y noche adoraba a Dios con ayunos y oraciones. Llegando en ese mismo momento, Ana dio gracias a Dios y comenzó a hablar del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.

Después de haber cumplido con todo lo que exigía la ley del Señor, José y María regresaron a Galilea, a su propio pueblo de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía; progresaba en sabiduría, y la gracia de Dios lo acompañaba.

Los padres de Jesús subían todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Cuando cumplió doce años, fueron allá según era la costumbre. Terminada la fiesta, emprendieron el viaje de regreso, pero el niño Jesús se había quedado en Jerusalén, sin que sus padres se dieran cuenta. Ellos, pensando que él estaba entre el grupo de viajeros, hicieron un día de camino mientras lo buscaban entre los parientes y conocidos. Al no encontrarlo, volvieron a Jerusalén en busca de él. Al cabo de tres días lo encontraron en el templo, sentado entre los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que le oían se asombraban de su inteligencia y de sus respuestas. Cuando lo vieron sus padres, se quedaron admirados.

—Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? —le dijo su madre—. ¡Mira que tu padre y yo te hemos estado buscando angustiados!

—¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que tengo que estar en la casa de mi Padre?

Pero ellos no entendieron lo que les decía.

Así que Jesús bajó con sus padres a Nazaret y vivió sujeto a ellos. Pero su madre conservaba todas estas cosas en el corazón. Jesús siguió creciendo en sabiduría y estatura, y cada vez más gozaba del favor de Dios y de toda la gente.

En el año quince del reinado de Tiberio César, Poncio Pilato gobernaba la provincia de Judea, Herodes era tetrarca en Galilea, su hermano Felipe en Iturea y Traconite, y Lisaniás en Abilene; el sumo sacerdocio lo ejercían Anás y Caifás. En aquel entonces, la palabra de Dios llegó a Juan hijo de Zacarías, en el desierto. Juan recorría toda la región del Jordán predicando el bautismo de arrepentimiento para el perdón de pecados. Así está escrito en el libro del profeta Isaías:

«Voz de uno que grita en el desierto:
 “Preparen el camino del Señor,
 háganle sendas derechas.
 Todo valle será rellenado,
 toda montaña y colina será allanada.
 Los caminos torcidos se enderezarán,
 las sendas escabrosas quedarán llanas.
 Y todo mortal verá la salvación de Dios.” »

Muchos acudían a Juan para que los bautizara.

—¡Camada de víboras! —les advirtió—. ¿Quién les dijo que podrán escapar del castigo que se acerca? Produzcan frutos que demuestren arrepentimiento. Y no se pongan a pensar: “Tenemos a Abraham por padre.” Porque les digo que aun de estas piedras Dios es capaz de darle hijos a Abraham. Es más, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no produzca buen fruto será cortado y arrojado al fuego.

—¿Entonces qué debemos hacer? —le preguntaba la gente.

—El que tiene dos camisas debe compartir con el que no tiene ninguna —le contestó Juan—, y el que tiene comida debe hacer lo mismo.

Llegaron también unos recaudadores de impuestos para que los bautizara.

—Maestro, ¿qué debemos hacer nosotros? —le preguntaron.

—No cobren más de lo debido —les respondió.

—Y nosotros, ¿qué debemos hacer? —le preguntaron unos soldados.

—No extorsionen a nadie ni hagan denuncias falsas; más bien conformense con lo que les pagan.

La gente estaba a la expectativa, y todos se preguntaban si acaso Juan sería el Cristo.

—Yo los bautizo a ustedes con agua —les respondió Juan a todos—. Pero está por llegar uno más poderoso que yo, a quien ni siquiera merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. Tiene el rastrillo en la mano para limpiar su era y recoger el trigo en su granero; la paja, en cambio, la quemará con fuego que nunca se apagará.

Y con muchas otras palabras exhortaba Juan a la gente y le anunciaba las buenas nuevas. Pero cuando reprendió al tetrarca Herodes por el asunto de su cuñada Herodías, y por todas las otras maldades que había cometido, Herodes llegó hasta el colmo de encerrar a Juan en la cárcel.

Un día en que todos acudían a Juan para que los bautizara, Jesús fue bautizado también. Y mientras oraba, se abrió el cielo, y el Espíritu Santo bajó sobre él en forma de paloma. Entonces se oyó una voz del cielo que decía: «Tú eres mi Hijo amado; estoy muy complacido contigo.»

Jesús tenía unos treinta años cuando comenzó su ministerio. Era hijo, según se creía, de José,

hijo de Elí, hijo de Matat,
hijo de Leví, hijo de Melquí,
hijo de Janay, hijo de José,
hijo de Matatías, hijo de Amós,
hijo de Nahúm, hijo de Eslí,
hijo de Nagay, hijo de Máat,
hijo de Matatías, hijo de Semeí,
hijo de Josec, hijo de Judá,
hijo de Yojanán, hijo de Resa,
hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel,
hijo de Neri, hijo de Melquí,
hijo de Adí, hijo de Cosán,
hijo de Elmadán, hijo de Er,
hijo de Josué, hijo de Eliezer,
hijo de Jorín, hijo de Matat,
hijo de Leví, hijo de Simeón,
hijo de Judá, hijo de José,
hijo de Jonán, hijo de Eliaquín,
hijo de Melea, hijo de Mainán,
hijo de Matata, hijo de Natán,
hijo de David, hijo de Isaí,
hijo de Obed, hijo de Booz,
hijo de Salmón, hijo de Naasón,
hijo de Aminadab, hijo de Aram,
hijo de Jezrón, hijo de Fares,
hijo de Judá, hijo de Jacob,
hijo de Isaac, hijo de Abraham,
hijo de Téraj, hijo de Najor,
hijo de Serug, hijo de Ragau,
hijo de Péleg, hijo de Éber,
hijo de Selaj, hijo de Cainán,
hijo de Arfaxad, hijo de Sem,
hijo de Noé, hijo de Lamec,
hijo de Matusalén, hijo de Enoc,
hijo de Jared, hijo de Malalel,
hijo de Cainán, hijo de Enós,
hijo de Set, hijo de Adán,
hijo de Dios.

Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto. Allí estuvo cuarenta días y fue tentado por el diablo. No comió nada durante esos días, pasados los cuales tuvo hambre.

—Si eres el Hijo de Dios —le propuso el diablo—, dile a esta piedra que se convierta en pan.

Jesús le respondió:

—Escrito está: “No sólo de pan vive el hombre.”

Entonces el diablo lo llevó a un lugar alto y le mostró en un instante todos los reinos del mundo.

—Sobre estos reinos y todo su esplendor —le dijo—, te daré la autoridad, porque a mí me ha sido entregada, y puedo dársela a quien yo quiera. Así que, si me adoras, todo será tuyo.

Jesús le contestó:

—Escrito está: “Adora al Señor tu Dios y sírvele solamente a él.”

El diablo lo llevó luego a Jerusalén e hizo que se pusiera de pie en la parte más alta del templo, y le dijo:

—Si eres el Hijo de Dios, ¡tírate de aquí! Pues escrito está:

»“Ordenará que sus ángeles te cuiden.

Te sostendrán en sus manos
para que no tropieces con piedra alguna.”

—También está escrito: “No pongas a prueba al Señor tu Dios” —le replicó Jesús.

Así que el diablo, habiendo agotado todo recurso de tentación, lo dejó hasta otra oportunidad.

Jesús regresó a Galilea en el poder del Espíritu, y se extendió su fama por toda aquella región. Enseñaba en las sinagogas, y todos lo admiraban.

Fue a Nazaret, donde se había criado, y un sábado entró en la sinagoga, como era su costumbre. Se levantó para hacer la lectura, y le entregaron el libro del profeta Isaías. Al desenrollarlo, encontró el lugar donde está escrito:

«El Espíritu del Señor está sobre mí,
por cuanto me ha ungido
para anunciar buenas nuevas a los pobres.

Me ha enviado a proclamar libertad a los cautivos
y dar vista a los ciegos,

a poner en libertad a los oprimidos,
a pregonar el año del favor del Señor.»

Luego enrolló el libro, se lo devolvió al ayudante y se sentó. Todos los que estaban en la sinagoga lo miraban detenidamente, y él comenzó a hablarles: «Hoy se cumple esta Escritura en presencia de ustedes.»

Todos dieron su aprobación, impresionados por las hermosas palabras que salían de su boca. «¿No es éste el hijo de José?», se preguntaban.